

EL PANORAMA INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEO Y LA SITUACIÓN DE AMÉRICA LATINA

HELIO JAGUARIBE

EMPEZARÉ POR AGRADECER la amable invitación que me ha hecho el comité organizador de esta reunión; me siento, sentimental e intelectualmente, con muchos vínculos con El Colegio. En esta casa encuentro, como tantos otros intelectuales latinoamericanos, el más importante instituto de ciencias sociales de América Latina, y en el Centro de Estudios Internacionales, que conmemora 25 años, una de las formas más eficaces de estudiar las relaciones internacionales. En la rápida presentación que voy a tener el gusto de hacer, empezaré por discutir, en forma desigual, tres puntos: primero, muy rápidamente, los parámetros estructurales que condicionan el mundo contemporáneo; en seguida, con un poco más de detenimiento, la situación internacional actual, lo que podría llamar el nuevo escenario internacional y finalmente, con un poco más de detenimiento, la situación de América Latina, que me parece extremadamente difícil.

Creo que entre los parámetros estructurales podrían reconocerse como evidentes dos grandes conflictos: Este-Oeste y Norte-Sur. El conflicto Este-Oeste ha recorrido, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, un camino en el que se distinguen tres momentos interesantes. Primero, el de la Guerra Fría, en el que hubo mucha convicción ideológica genuina en los dos campos. La Unión Soviética creía ser la patria del socialismo emergente, de la emancipación del hombre, de un experimento extraordinario que iba a cambiar la faz del planeta. Estados Unidos se creía campeón del mundo libre y se consideraba una sociedad distinta —como había anunciado Tocqueville— que, por su mensaje liberal, sus compromisos, sus intereses y valores, estaba efectivamente a la defensa de la libertad. Pero al igual que todas las ideologías históricas, las de ambas superpotencias fueron desgastándose. Hoy día, es cada vez más patente que se formaron dos sistemas imperiales de poder, que obviamente tienen valores distintos y formas de vida diferentes, pero que en su condición imperial presentan similitudes terribles. Por otra

parte, creo que se volvió igualmente clara la circunstancia de que el equilibrio nuclear fundado en la *Mutual Assured Destruction* es extremadamente inestable, lo que condujo al segundo momento que nos interesa: la *détente*, una tentativa de convivencia. Sin embargo, como lo ha mencionado Víctor Flores Olea, ahora está empezando una tercera etapa, que me parece particularmente peligrosa, porque después de un período en el que Estados Unidos, a raíz de su derrota en Vietnam, padeció dudas respecto a su misión mundial, se restablece su intención consciente, deliberada y proclamada de seguir un proyecto hegemónico, la *Strategic Defense Initiative*, experimento todavía impreciso que, si se mantuviera a largo plazo, si hubiera posibilidad de financiarlo y si fuera eficaz, rompería el equilibrio estratégico, ya que sería improbable que la Unión Soviética dispusiera de condiciones de réplica. Entramos en una etapa del conflicto Este-Oeste con características de “desenlace”, lo que obviamente implica un agravamiento de los riesgos de guerra nuclear.

En relación con la crisis y el conflicto Norte-Sur, me limitaré a decir que estamos en presencia de una asimetría estructural. No viene ahora al caso, por las limitaciones de tiempo, intentar describir cómo surgió esta asimetría; tiene, obviamente, conexión con la historia del mundo desde por lo menos la expansión europea de los siglos XV y XVI. Se establecieron condiciones objetivas tales que, considerada en bloque, esta asimetría; tiene, obviamente, conexión con la historia del mundo dial. A pesar de que el Norte tiene ventajas y mantiene su elevada productividad, el circuito de bienes constituye una necesidad de los dos hemisferios, pero la acentuación de la asimetría perjudica este precario circuito de bienes, conduciendo la economía mundial a las graves dificultades que se manifiestan en la crisis de los años ochenta.

La perspectiva ilustrada de personas como Willy Brandt —visión inteligente de los intereses del norte— no tuvo efectos prácticos. Intellectuales renombrados comparten opiniones expresadas por la UNCTAD y el Grupo de los 77, que tampoco logran cobrar forma práctica.

Dentro de este marco, pasaré a la segunda parte de mi presentación. Quiero destacar que, si bien a largo plazo las propuestas de Reagan no son equilibradas y llevan en sí el germen de su fracaso, no carecen de eficacia a corto y mediano plazos. Hay que reconocer que el experimento de Reagan, tanto interna como externamente, tiene un margen considerable. Este hombre logró, mediante una movilización del neoconservadurismo y el neodarwinismo, condiciones de apoyo interno suficiente para mantener mayorías en el Congreso. Reagan logró controlar la inflación, fortalecer el dólar con la política de altas tasas de interés, hacer frente a las dificultades del presupuesto público y de

la balanza de pagos y ocupar un espacio internacional evidentemente mayor que el de sus predecesores inmediatos. Indudablemente, se afirmó la hegemonía de Estados Unidos y se amplió su área de influencia. En contraste, en la Unión Soviética la sociedad está bajo el control de un liderazgo viejo, cansado, incapaz de renovación; el país pierde posiciones internacionales y vigor interno, y decrece su capacidad productiva. La Unión Soviética empieza a tener evidentes dificultades para mantener el equilibrio estratégico con Estados Unidos.

Finalmente, sobre América Latina, diría que en los últimos veinte años, sobre todo en los últimos diez, se han acentuado las diferencias y, por tanto, las dificultades para una actuación "homogénea" de la región. Hay, evidentemente, aspectos positivos en el cuadro latinoamericano: la restauración de la democracia en tres países: Argentina, Brasil y Uruguay, y perspectivas de que la dictadura chilena no tenga una vida demasiado larga. Sin embargo, esta restauración democrática, que hace que América Latina tenga liderazgos representativos de sus aspiraciones populares, arrastra el peso de una deuda externa que constituye, quizá, la más pesada hipoteca del continente. La deuda está consumiendo cerca de 50% del ahorro líquido de los países más grandes de la región; les toma cerca de 50% de su totalidad de divisas por concepto de exportaciones y está actuando como una poderosa fuerza que impide la expansión hacia el desarrollo; además, dificulta los reajustes internos, particularmente los de carácter social, que permitirían sociedades más equilibradas, más justas y, por tanto, política e institucionalmente más estables.

Con estas consideraciones de carácter general, me permitiría discutir sobre las posibilidades de América Latina. Creo que el ambiente de América Latina en este decenio es netamente desfavorable, porque la región enfrenta la presión en aumento de la hegemonía estadounidense, que busca someter la totalidad del hemisferio a la estrategia militar, económica y política de Washington. Por otra parte, el fortalecimiento —determinado en gran medida por la recesión en la primera mitad del decenio— del proteccionismo de la Comunidad Económica Europea y de Japón, dificulta la venta de bienes latinoamericanos. El Tercer Mundo, que está extremadamente debilitado y con muy poca capacidad de pago, constituye un área alternativa modesta para las exportaciones latinoamericanas.

El deterioro de nuestras relaciones de intercambio probablemente continúe todo el decenio. La deuda externa está convirtiéndose en una camisa de fuerza que limita la expansión de las economías latinoamericanas; hay variaciones, pero es evidente que los tres grandes deudores

—Argentina, Brasil y México— son países que no tienen ahora condiciones para una reactivación interna de sus economías, conforme a la demanda de las masas, por falta de recursos: el ahorro está canalizado hacia el pago de la deuda. Si es verdad que en Brasil hubo condiciones que favorecieron la expansión del comercio internacional, y que la deuda se tornó más manejable por la disponibilidad de excedentes comerciales masivos, la dificultad para acumular ahorro limita la capacidad interna de reajuste conforme a la demanda de las clases menos favorecidas.

Los factores a los que me referí al principio de mi presentación convirtieron a América Latina en un área excesivamente heterogénea para tener niveles razonables de “operacionalidad común”. Reconozcamos, en primer lugar, que América Central y el Caribe se tornaron foros del conflicto Este-Oeste y perdieron casi completamente su capacidad de autodeterminación. Son áreas definitivamente inscritas en ese conflicto, y las fuerzas locales resultan impotentes para enfrentar procesos controlados desde las superpotencias; las dificultades que tiene México en su absolutamente correcta y bien pensada participación en el Grupo contadora, son demostración de que el grado de autogobierno efectivo de estas fuerzas es demasiado débil para que una propuesta de racionalidad, que viene de México, tenga capacidad de orientar efectivamente la conducta de las principales naciones.

Por otro lado, la mayor parte de América del Sur está enfrentando problemas de crecimiento interno extremadamente difíciles, por falta de recursos y de capacidad de pagos. Por tanto, el gran proyecto que nos ha legado la CEPAL —que alimentó a los intelectuales latinoamericanos por tantos años— de conseguir la integración mediante un conocimiento mayor de nuestros países, es poco factible por ahora. ¿Significa esto que debemos conformarnos con la situación de crisis sin salida? ¿Estamos condenados por la historia al declive? Creo que no, porque si es verdad que la integración latinoamericana no parece posible a corto plazo, nada impide mantenerla como meta en el horizonte histórico, y mientras poner en práctica una política de concertación entre países dotados de condiciones similares de poder, intereses y medios de acción.

Destacan tres países, Argentina, Brasil y México, y un cuarto país, el Uruguay democrático, que tiene poco peso en términos de su capacidad económica y política, pero que por varias razones puede servir como mediador y elemento de lubricación de una concertación entre los tres grandes. Se abre la posibilidad de un cuadrilátero de resistencia latinoamericana, en donde sería posible, mediante una concertación inteligente, alcanzar algunos objetivos de corto y mediano plazos sumamente

importantes, que resumiría de la siguiente manera. Precisamente porque todavía vivimos los efectos de la recesión de principios de los ochenta, todos tenemos —Brasil un poco menos que hace un año— un margen importante de capacidad ociosa, que llegó a más de 50% en las industrias de bienes de capital, y en muchas otras se sitúa alrededor de 30%. Tenemos condiciones objetivas inmediatas para establecer, dentro del polígono de resistencia al que estoy refiriéndome, un sistema de intercambios con plazos largos de pago y una moneda convenida; en todas las transacciones habría ahorros netos de divisas, sin reducir la capacidad de exportar al área del dólar.

Junto con el acuerdo de cooperación, con pagos en una moneda convenida, podría suscribirse un acuerdo de solidaridad que implique el suministro de insumos y elementos críticos de un país a otro, como garantía de abastecimientos mínimos en caso de crisis externa. Existe una capacidad de suministro adicional de petróleo por parte de México a Brasil, de granos de Argentina a México, de infinidad de bienes de Brasil a los otros dos países. Un acuerdo semejante de cooperación y solidaridad permitiría ahorrar divisas y reduciría, por ende, el impacto de la crisis de la deuda. Estudios preliminares hechos en mi Instituto indican que el intercambio Argentina-Brasil-México, que actualmente es irrisorio (mil millones de dólares), podría elevarse rápidamente a cinco mil millones. Un experimento del tipo que sugiero es la empresa LATINEQUIP, que se fundó en México por iniciativa del presidente De la Madrid, en noviembre del año pasado, para intercambiar bienes de capital entre los países de la región. Con menos de un año de actividad, LATINEQUIP tiene una cartera de transacciones por dos mil millones de dólares, el doble del comercio actual entre Argentina-Brasil-México.

Es evidente que existe una línea extraordinariamente fértil de exploración, que simplemente por inercia no estamos aprovechando. Si a corto plazo, logramos un acuerdo de concertación que establezca corrientes de comercio con una moneda convenida, y creamos líneas de defensa externa que garanticen suministros mínimos de bienes críticos en caso de crisis, además de alentar *joint ventures* como LATINEQUIP, ampliaremos el margen de acción internacional de América Latina y reduciremos su vulnerabilidad. Entre otras cosas, se puede pensar en renegociar la deuda para obtener mejores condiciones. Los acuerdos descritos serían buenos en sí, como parte del esfuerzo de integración latinoamericana para ampliar nuestros espacios, y uno de sus efectos sería facilitar la renegociación de la deuda, lo que aumentaría nuestra capacidad general de negociación.